

LIBRO PRIMERO DE LECTURA

POR **J.M.AUBIN**

COSAS DE NIÑOS



ANGEL ESTRADA y C^{ta}
EDITORES
BUENOS-AIRES

LL
1910
AUBC

A
S - 9
17



00019299

Es propiedad de los EDITORES, quienes la ponen
bajo el amparo de las leyes Nos. 7092 y 9510.

COSAS DE NIÑOS

JOSÈ M. AUBÍN

PROFESOR NORMAL

O. R.
C. N. de E.

COSAS DE NIÑOS

LIBRO DE LECTURA PARA PRIMER GRADO

DUODÉCIMA EDICIÓN

25370



ANGEL ESTRADA Y CIA. — EDITORES

466 — CALLE BOLIVAR — 466

BUENOS AIRES

135X193



CAMINO DE LA ESCUELA

No te marches, Margarita, espérame que ya voy...

—Apúrate, pues, sino, llegaremos tarde.

—Un minuto, nada más.

Y efectivamente; apresurada y cartera en mano, aparece Isabel, la inseparable compañera de Margarita.

Isabel, que es buena, aplicada y mo-

desta, tiene un defecto que le causà muchas desazones: llega siempre á deshora á la escuela.

— ¡Pero, parece imposible que nunca estés preparada á tiempo! ¿cuántas veces llegaste tarde esta semana?

— Nada más que dos... y, ya ves, estamos á jueves.

— Muy bien, — contesta sonriendo Margarita; — dos tardes en cuatro días, no son muchas.

— No te burles, que la culpa no es mía.

— ¿Pues de quién?

— De la sirvienta, que no me despierta á tiempo.

— Haz como yo, que me despierto sola.

— ¿Tú, sola? ¿Y cómo puedes hacerlo?

— Ahora lo verás.





UN RAYITO DE SOL

Yo tengo un amigo que me quiere mucho.

—¿Un amigo?

—Sí, un rayito de sol muy complaciente que todos los días viene á visitarme.

—¡No digas!

—Como te lo cuento. Mira; primero, muy cauteloso, penetra por la ventana y llega á la pared; luego, baja poquito á poco, hasta tocar mi almohada.

—¡Qué me cuentas!

—De la almohada da un saltito y se

divierte haciéndome cosquillas en la cara, hasta que despierto.

— ¡Ah! Entonces no te envanezcas: porque, no eres tú, sino el rayito de sol quien te despierta.

— Estás muy equivocada: me despertaba antes.

Ahora, cuando amanece, ya sé que va á venir; salto de la cama, me visto, y cuando asoma el rayito, le digo:

— ¡Buen día, amigo: ¿venías á despertarme?

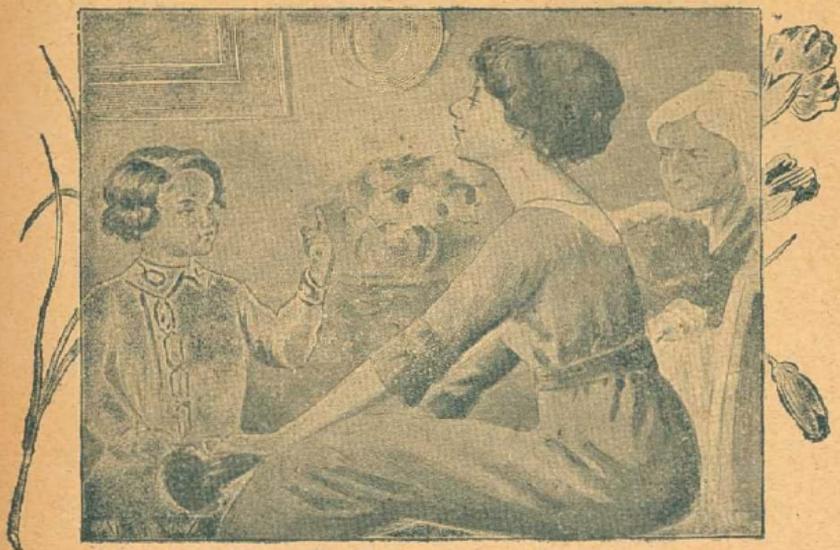
— No, — contesta; — ya sé que eres madrugadora; pero, por si acaso...

— ¡Qué suerte la tuya! ¡Si yo tuviera un amigo así!...

— ¡Vaya una dificultad! Cómo tú quieras, no tardarás en tenerlo.

¡Y, no sabes tú, cómo son de buenos y amables los rayitos de sol!





NIÑOS FELICES

CASI todos vosotros, dulces y adorables niños, vivís alegres, dichosos y sonrientes.

Tenéis un padre que os quiere con delirio y una madre que os envuelve en la onda amable de su ternura infinita.

Estáis siempre coquetamente vestidos

y veis satisfecho el menor de vuestros deseos.

Si vertéis una lágrima, una de esas lágrimas de la infancia, que pasan sin dejar huella, todas las manos acuden á borrarla.

Si, por el contrario, sonreís... ¡ah! entonces os cercan cariñosas, caras que retratan el más puro contento.

Sois los dichosos; los que no sabéis qué quiere decir la palabra dolor; los que no conocéis la pena.

Sois aquellos que en las horas tristes del invierno, cuando la lluvia cae y el viento silba, dormís en paz, acostados en blandas camitas, arrullados por la tibia caricia del calor.



AMAD A LOS HUÉRFANOS

PERO, no todos los niños son tan afortunados como vosotros.

Los hay que no tienen padres, ni casa, ni nadie que les haga un cariño ó les dé un buen consejo.

Unos, piden limosna; otros venden diarios; muchos trabajan largas horas en talleres oscuros y malsanos, sin poder reír ni jugar, tratados, cuando no con dureza, con excesivo rigor.

No pueden sentir deseos, en una



edad en que la vida es un continuo anhelar, porque nadie les haría caso.

Sufren hambre y soledad, tristeza y frío; sus cuerpos, más que vestidos, van cubiertos de harapos. .

Á veces, no tienen dónde dormir; entonces se acercan al hueco de una puerta, y allí, muy acurrucaditos, duermen un sueño inquieto y fatigoso.

Niños felices que tenéis padres y hogar, compadeced y amad á los sin ventura; á los desvalidos y á los huérfanos; á los que no tienen ojos cariñosos que les miren complacidos, ni dulces labios de madre que les besen amorosos.





CÓMO TRABAJAN LOS ABUELITOS

Todos los hombres deben trabajar, aún cuando sean ricos.

Así decía, un dichoso abuelo, á la niñada de nietecillos que amorosamente le rodeaban.

—¿Todos, abuelito?—preguntó Amelita, preciosa muñequilla de cinco años, un si es no es curiosota y preguntona.

—¡Todos!

—Pues, entonces, ¿cómo no trabajas tú?

—¿Y quién le ha dicho á usted, seño-

rita, que yo no trabajo? — contestó el buen anciano, sonriendo.

Pues ya verás como no son pocas mis ocupaciones; atiende y cuenta:

Contaros historietas y chascarrillos para que os durmáis;

Salir de paseo con vosotros;

Enseñaros un juego nuevo cada día,

Consolaros cuando lloráis;

Responder á vuestras preguntas;

Poner paz y aquietar los ánimos cuando os da por regañar ó reñir, y,

Finalmente: preocuparme de tener siempre los bolsillos llenos de bombones, caramelos y otras golosinas, para que os regaléis con ellos.

—¿Eh, que tal? ¿Trabaja ó no el abuelito?

—¿Ya lo creo que trabajas. ¡Y mucho!



LOS DESEOS DE LUISITO

ENTONCES, abuelito; ¿toda persona debe tener un oficio?



—Claro que sí.

—¿Y si no le gusta ninguno?

—Hombre, esto es una exageración; alguno habrá que le caiga en gracia.

—Además, — dice Amelita; — se prueba uno; no gusta; se deja y se empieza otro...

—Muy bien, señorita; y empezando hoy una carrera para dejarla mañana y emprender otra, se pasan los años sin hacer nada de provecho.

Lo que conviene es pensar antes de obrar y de elegir profesión.

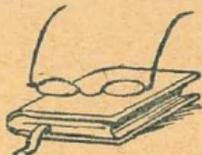
—Pues, yo,—dice muy serio y resuelto, Luisito, el menor de los varoncitos,—ya lo tengo muy pensado.

—¡Bravo, monín!— exclama el abuelo; —á eso se llama ser un hombre.

¿Y qué es lo que pensarás ser tú?

—¡Militar!, ¡médico!, ¡millonario!, ¡confitero! Eso querrá ser,—dijeron atropelladamente los demás hermanos.

—No, no acertáis; — contestó muy grave el chiquitín:—cuando yo sea grande, y tenga que escoger oficio, elegiré el de abuelo.



FUMADORES PROCACES

ME causa pena, y no poca,
mirar con qué gravedad,
van niños, de poca edad,
con un cigarro en la boca;
contemplar de un jovenzuelo
el desparpajo sin nombre
cuando pide fuego á un hombre
que podría ser su abuelo.

Esto causa indignación,
vergüenza, molestia suma;
porque, el chicuelo que fuma
carece de educación.



LAS ILUSIONES DE UNA SEMILLITA

ME conocen ustedes? ¡Cómo no han de conocerme; si á fuerza de ser común he^o concluído por ser vulgar!



Soy chica, parezco una lentejuela, y mi color es amarillo verdoso. ¿No saben aún quién soy?

¡Válgame Dios! ¡Parece imposible!

¡Soy una semillita de pensamiento!

Mi poseedora, que es una niña cariñosa y buena, me tiene muy guardada junto con otras iguales mías, cuidadosamente

envuelta en un pedacito de papel lustroso y fuerte, para que no me extravie ni me estropee.

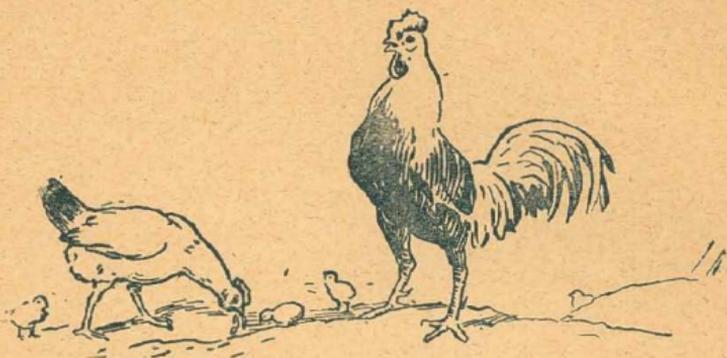
Cuando llegue la estación propicia, me sembrará, y el calor, la humedad y el aire me ayudarán á germinar.

Lentamente iré transformándome, hasta que un día, tímida y recelosa, asomaré á ras del suelo mi endeble tallito, y veré el claro y bello sol.

Creceré ufana hasta florecer: ¡oh, cómo se pondrá de contenta entonces mi dueña!

Ligera y feliz, arrancará mis delicadas flores que ofrecerá á su buena mamita, ó quizá á su cariñosa maestra; personas buenas y afectuosas que las prenderán á su pecho, y que, cuando ya estén marchitas, las colocarán entre las hojas de un libro como una dulce y grata memoria.





ESCENAS DE GALLINERO

CADA mañana, cuando clarea, resuena un grito penetrante y agudo.

Es el gallo; el presumido rey del gallinero que, en arrogante apostura, saluda al nuevo día con su vibrador ¡*quiquiriquí!*

Al poco rato, y como si contestaran al señor de las grandes barbas y de la abultada cresta, pausadas y calmosas, cloquean las gallinas su monótono ¡*cacara-cá!*

De pronto, se abre una puerta, y aparece Margarita, una jovencita guapa, son-

riente y avispada, que reparte á buenos puñados una abundante cantidad de grano.

¡Qué barullo se arma entonces, Dios santo!

Todas las aves se arremolinan, ávidas de atrapar los amarillos granos de maíz.

¡Clo!, ¡clo!, ¡clo!, se oye por doquiera, suave unas veces, como significando: *¡pero, señor, qué rico! ¡qué rico, está esto!*; agrio y cortante otras, como si las gallinas que lo lanzan quisieran decir:

— Diga, usted, señora tragona, ¿no ha engullido usted bastante? ¡quítese de ahí!

En tanto, separada del bullicio, solícita y tranquila, como una buena madre, una clueca, escarba y picotea el suelo.

Cuando descubre un grano y lo hace pedazos para que puedan tragarlo sus hijuelos, éstos, que la siguen cariñosos, prorrumpen en un agudo ¡pio! ¡pio!

No parece sino que dicen: ¡mío!, ¡es mío!



SOLILOQUIO DE UNA ORUGA



Soy muy fea, lo confieso; pero no voy á desesperarme por eso.

En el mundo, todo pasa y todo cambia.

Y, además, es necesario no echar en olvido que, como el refrán asegura, no hay ningún mal que dure cien años.

Poquito á poco, de oruga me transformaré en crisálida, y entonces, para evitar que algún distraído ó algún malvado me destruya, me encerraré dentro de un capullo que tejeré con gran cuidado y paciencia.

A su tiempo, desprendiéndome del manto protector de mi envoltura, saldré á la luz, convertida en voladora y gentil mariposa.

¡Cómo gozaré entonces!

Saltaré de flor en flor, libando con mi delgada trompa el néctar encerrado en el fondo de sus corolas.

Los rayos del sol pintarán á capricho mis ligeras alas, y, gentil, y casi impalpable, volaré rauda y ligera.

¡Cuántos ojos admirarán mi delicada hermosura!

¡A cuántos pareceré una brillante flor del aire; un núcleo movedido de luces, frescos colores y reflejos deslumbrantes de plata y de oro!





LA AURORA

Es lindísimo ver salir el sol!

Los perezosos, que jamás lo vieron, no pueden figurarse cuán hermoso espectáculo se han perdido.

Antes de amanecer, todo es indeciso y obscuro.

De pronto, el Oriente, que es el punto por donde asoma el brillante astro, se aclara y toma un delicado tono de oro pálido.

Entonces, todo parece despertar.

Se oyen ligeros rumores y suena el agudo grito del gallo: las flores, entreabriéndose, exhalan una oleada de penetrantes perfumes.

De pronto, el cielo se abrillanta, y la vista contempla, asombrada, algo como el resplandor de un colosal incendio.

Ya es de día; el Sol, lento y majestuoso, se levanta desvaneciendo las sombras, llenándolo todo de luz y de color.

Entonces, niños y pájaros cantan; en los campos balan y juegan los cordelillos, y todos los hombres se entregan á la tarea sana y fecunda.

Es de día; terminó la hora del descanso y empieza la del trabajo.

¡Adelante, hombres, mujeres y niños: el trabajo es salud, bienestar y alegría, es el principio y el objeto de la vida!



EL GATO ENFERMO

Mi señor don Gato,
hoy amaneció,
enfermo, postrado,
por hondo dolor.

Su esposa, alarmada,
llena de aflicción,
dispuso que á escape
viniera el doctor.

* * *

Unas quince ratas
diz que devoró,
¡y claro!—le vino
seria indigestión.

Si á morir llegase
(¡no lo quiera Dios!)
él tendrá la culpa:
¿por qué fué glotón?



J. M. A.

¡SIEMPRE ME LLAMAN ASÍ!

MIGUEL y Jacinto son amigos; se quieren mucho, y casi siempre se les ve juntos.

Pero, se distinguen en una cosa: Miguel, es un malhablado; Jacinto, en cambio, es pulcro y respetuoso en el decir.



Discutiendo un día, á propósito de una pequeñez, Miguel dijo á su compañero:— ¡Cállate, animal! ¡Sólo un burro puede decir lo que tú dices.

Jacinto le miró sorprendido, y luego, le replicó con tristeza:— Miguel, mucho es lo que te estimo; pero, con tu mal proceder acabarás por enojarme para siempre.

Te quejas de que los amigos te abandonen; ¿cómo no ha de ser así?

—Pero, yo, Jacinto, que mal les hago, á ellos y á ti!

—Uno, muy grande: insultas.

—¡Yo, insultar!

—Claro: si no tienes intención de insultar, ¿cómo es que nunca se te caen de los labios las palabrotas feas? ¿Por qué has de llamar al que habla contigo, bestia, bruto ó caballo?

—Escúchame, Jacinto;—murmuró apesadumbrado Miguel:

Te juro que hablando así, no tengo la intención de injuriar.

Si llamo á los otros burro, bestia ó caballo, es porque estoy acostumbrado á oír estas palabras.

En mi casa, ¡sólo me llaman así!





UN HOMBRE CHICO

ENRIQUE tiene ocho años; es muy avisado, pero, enfermizo y paliducho.

No tiene á nadie en el mundo, más que á su mamá, pobre enferma que no puede trabajar.

Pero Enriquito, que es animoso y de buen corazón, trabaja por ella y gana la vida vendiendo diarios.

Antes de amanecer, ligero de ropa en verano, y liado entre prendas diversas en invierno, sale invariablemente de su pobre morada.

Cuando apunta el sol, se le ve por las calles, veloz como un gamo, voceando: ¡*La Prensa!*, ¡*La Nación!*, ¡*La Argentina!*

Y como es bueno y cortés, son infinitos los que le llaman pidiéndole diarios que él entrega amable y sonriente.

De noche, cuando todo el mundo duerme, cuando los teatros han apagado sus luces y las calles están desiertas, va el pequeñuelo á su casa y deposita ante la buena madre enternecida, un montón de monedas blancas.

—¿Te ha ido bien, hijo mio?

—Sí, mamá, lo vendí todo: *El Diario*, *La Razón*, *El Nacional* y *Tribuna*.

La madre le besa y le dice, con mimo: —Anda, cena y descansa, hijito.

Y el chiquitín come alegre y con buen diente; da las buenas noches y se acuesta; pero, antes de dormirse, eleva la mirada á lo alto y dice:

—Protégeme y ampárame, Señor; soy pequeño y débil, y trabajo por mi madre.



¡PUES... LO HE COMIDO ASÍ!

MAMITA! ¡Mamita!

—¿Qué tienes, niña? ¿Qué te pasa?

—Mira lo que ha hecho Juanito. Se ha comido, poquito á poco, uno de los dos merengues que tú dejaste sobre la mesa.

—¿Eso has hecho, grandísimo bribón?

—No, no hice lo que ésta me achaca. ¡Eso, no es verdad!

—¡Cómo que no es verdad! ¿Y tie-



nes valor para decir que no lo comiste el merengue?

—Yo no digo esto. No niego que he comido el dulce, pero no del modo que tú dices.

—¡Ah, vamos! Mire “por dónde le da el naípe” al caballero. Di, pues, tragón; ¿si no fué á pedacitos, ¿cómo lo comió su señoría?

—Mira, mamá; yo lo comí de este modo, ¿ves?

Y el muy cachafaz, tomando el merengue restante, lo engulló en solo dos bocados: ¡pero qué bocados!





CANCIÓN DEL NIDO

Dos pajaritos hicieron
un nido blando y caliente,
y en él tres huevos pusieron
á cual más blanco y luciente.

Un día tres pajaritos
salieron del cascarón:
pit, pit, decían á gritos,
y ésta era su canción
desde muy de madrugada
sintiendo dulce calor:
“Ven madrecita adorada,
y recibe nuestro amor.”

F. FRÖEBEL.





UN HOGAR

LA mamá tiene en sus brazos al más chiquitín de sus hijos.

Junto á ella están los dos mayores, que rien, de buena gana, las gracias del pequeñuelo; picarillo encantador que, adivinando que tiene embobados á todos, se hace el interesante con sus monerías y arrumacos.

La luz del día se extingue y las sombras de la noche se acercan calladas.

Suenan unos pasos fuertes y enérgicos,

y un hombre aparece en la puerta de la habitación.

¡Papá!— ¡Mamá, ya vino papá!

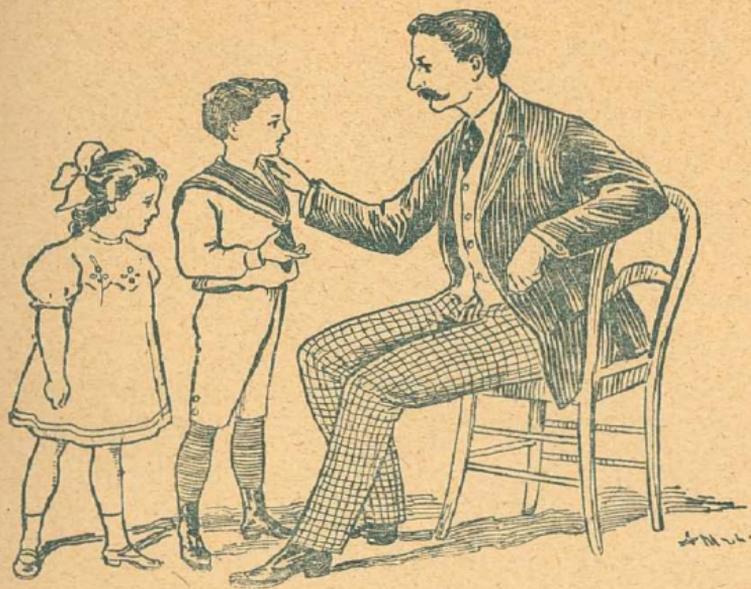
El padre y la madre se miran sonriendo; el primero toma en sus brazos al menorcito, y, después de sentarse, pues viene fatigado del trabajo, duro y pesado, atrae á los mayorcitos y á la esposa junto á sí, y para todos tiene una palabra de cariño y de amor.

Todos se muestran satisfechos y se sienten felices, porque se quieren mucho y bien.

Es un hogar feliz que Dios bendice y protege.

Nunca serán desgraciados; porque en la tierra sólo son víctimas de la desdicha aquellos que no tienen quien les ame, ó no saben á quien amar.





¿QUÉ HAS HECHO EN LA ESCUELA?

MIENTRAS la madre dispone la comida, el padre, que descansa rodeado de sus hijos, pregunta al mayorcito, al varón:

—¿Qué has hecho hoy en la escuela?

—¿Yo? Leí, hice una composición; resolví un problema; después, señalé en

el mapa los ríos argentinos y dibujé un limón y una pera.

—¿Y tú, chiquilina?

—Yo, canté, empecé á coser una camisita, escribí, y hablé sobre el general Belgrano y la invención de la bandera argentina...

—¡Muy bien! Pero, ¿cómo os habéis portado? Habéis sido atentos y respetuosos?

—Sí, papá,—contestan los dos hermanos, casi á coro.

—A mí, cuando al salir de la escuela dije á la señorita: ¡hasta mañana!, ella me acarició la mejilla y me contestó: ¡adiós, queridita!

—Y á mí,—exclamó el varón,—me ha dicho el maestro, al terminar la clase: muy bien se ha portado usted hoy; si continúa así, su nota de fin de año será espléndida.

—Mucho me satisface oiros. Sed siempre y á todas horas aplicados, sencillos y bondadosos; porque siéndolo, labráis vuestro bien, y nos hacéis felices á mí,

à vuestra madre y à vuestros maestros.
Y no olvidéis que los padres y los maestros son las personas que más os quieren en el mundo; los seres que con más abnegación se sacrifican por vosotros.





CENANDO

BUENO, basta de charlas, —dice la madre; —¿cenamós ó no?

—Al momento, —replica el padre; —poco te figuras tú el apetito que traigo.

Sobre la mesa la sopera humea, y de ella se escapa un olorcillo suave é incitante.

Cada uno ocupa su lugar de costum-

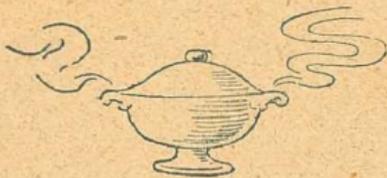
bre: la mamá sirve á todos, amable y complaciente, mientras que el padre mira cariñoso á sus hijitos.

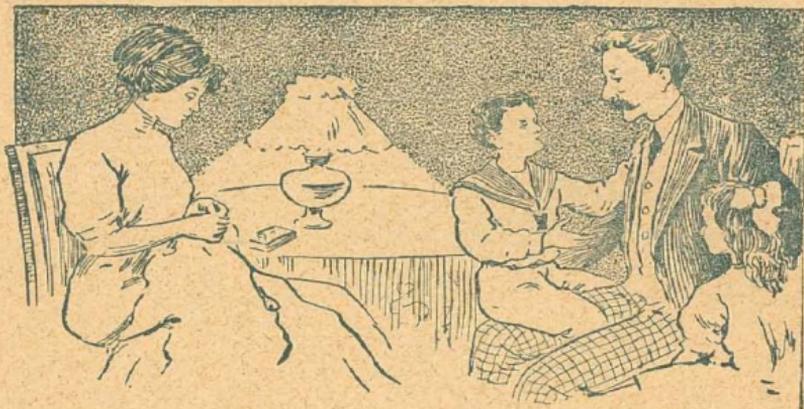
Se siente tranquilo y satisfecho.

Ha trabajado animosamente durante todo el día para ellos, y ahora, cumplida la ruda tarea, llenado á conciencia su deber, goza en paz y calma del amor de los suyos, del bien ganado reposo.

Todos comen de buena gana, y los padres escuchan embobados el charloteo de los niños, que cuentan todos los accidentes del día escolar, mezclándolos con comentarios, unas veces ingenuos, y otras con un velo de picardía.

Es una familia buena y amable, que inspira honda y sincera simpatía.





PASANDO LA VELADA

CONCLUÍDA la cena, la mamá, que es muy hacendosa, se pone á coser cerca de la luz.

El padre, toma una silla, se sienta junto á su esposa, y entretiene la velada jugando con sus nenes.

Cuando se cansan de reir y jugar, el varón trepa á horcajadas sobre una de las piernas del buen padre, y la niña, más modosita, se sienta en un banquito muy pegadito al papá, y á la vez, y en re-

suelta unanimidad, piden un cuento ó una historieta.

Pero, á pesar de su buena voluntad, no le es siempre fácil al padre satisfacerles; pues los dos hermanos, acordes en el pedir, no lo están cuando se trata de saber cuál es el cuento que desean escuchar.

—¡Papá! Cuenta la historia de Robinson—dice uno.

—No, papá, cuenta mejor las aventuras de Ali Babá y de los cuarenta ladrones...

—¡Sal de acá con los cuarenta ladrones! Mejor será que cuentes las vivezas de Pulgarcito.

—¡Uf! ¡Si ya las ha contado mil veces!

—Bueno,—dice el padre con acento conciliador;—contaré la historia del *Enano de la Venta*. ¿Os parece?

—¡Sí, sí! Cuenta esa historia, que no la sabemos.

—Pero, primero, ¿quieres decirnos, papá, qué cosa es una venta?

—Venta es una fonda situada en un camino ó despoblado.

—¡Ah!





EL ENANO DE LA VENTA

HABÍA en la mitad de un camino poco transitado, una venta llamada *de los Arrieros*.

Los que en ella hacían noche, después de cenar, solían hacer algún partido de naipes, durante el cual gritaban y voceaban más de lo debido.

Quando este caso se daba, en los al-

tos de la venta se oía una voz gruesa y fuerte como la de un gigante, que decía:

— ¡Callarse y dejar dormir! ¡Ay, si bajo!

Y era tan terrible el acento de aquella voz, que todos, atemorizados, cortaban la disputa y seguían jugando quedo.

— Pero, sucedió que un día, al hacer la misteriosa voz su acostumbrada amenaza, uno de los jugadores, hombre decidido y muy bravucón, exclamó:

— Ya está usted fastidiando con su continua amenaza: hájese de una vez, ó voy yo por usted.

Y como pasase un tiempo sin que nadie bajase, el que había hablado, se levantó, trepando muy resuelto, escaleras arriba.

Todos quedaron suspensos, en espera de algún cataclismo; pero no sucedió nada de cuidado.

Al rato, el que las había subido, descendió las escaleras, trayendo en la mano un gran cesto, dentro del cual venía un enano que, al verse entre tanta gen-

te, dijo, tratando de hacer humilde y suave su gran vozarrón:

— Muy buenas noches tengan ustedes, señores míos.

Una gran carcajada saludó las palabras de la ruin personilla, que, sin resistencia para nada pretendía intimidar á todos á fuerza de gritos é iracundas voces.

Ese tal, fué el famoso *Enano de la Venta*; y por eso se da tal nombre al que amenaza y no pega nunca.



HASTA MAÑANA

Os gustó el cuento?

—Mucho, papá.

—¡Cuéntanos otro!

—¡Mañana será, hoy ya es tarde.

Y yo, —dice la niña, — empiezo ya á tener sueño.

—Pues, entonces, á dormir.

—Y tú, papacito,
¿no te acuestas?

—No: yo tengo aún
un rato de tarea.

—¡Pobre papá!
Trabajas mucho.
Cuando yo sea más
grande te ayudaré,
y cuando sea un hom-
bre como tú, trabaja-

ré para los dos y tú descansarás.

El padre, complacido, besa á sus hijos
y empieza su trabajo, mientras los niños,



medio cerrados los ojos, se despiden de la mamá.

— ¡Buenas noches, mamita! Hasta mañana, papá, dicen: y luego se acuestan.

Cuando ya están dormidos, la dulce y buena madre se acerca á sus nenes.

Les arropa, y observa si su respiración es pausada y profunda.

Cuando se convence de que duermen tranquilos, se retira callada, deslizándose como una sombra.

Teme que sus hijos despierten y se desvelen.



EL CORDERO Y EL ASNO



Cierto cordero infeliz,
para aliviar sus pesares,
pidió un consejo al más serio
de todos los animales.

Al burro creyó el más sabio,
mirando su aspecto grave,
y confióle sus penas
buscando alivio á sus males.

Oyó el burro la consulta
con gravedad inmutable,

y soltando un par de coces,
dió con el cordero al traste.

*El que busca inteligencia
en la seriedad, no sabe,
que los que jamás se ríen,
suelen dar coces á pares.*

W. AIGUALS DE IZCO.





UNAS FLORES Y UN BESO

(EL REGALO DE ROSITA)

ROSITA, mañana no vendré á la escuela.

—¡No!—¿Y, por qué?

—¡Toma! Porque son los días de mamá.

—Pues mira si es casualidad, también es el santo de la mía.

Pero yo vendré á la escuela: como soy pobre, no podré asistir mucho tiempo á ella, y, por lo mismo, necesito no perder ni un minuto.

—Tienes mucha razón, pero, yo, que no estoy en tu caso, estaré de asueto. En mi casa, en semejante día, hay gran festín, y, como es natural, yo no podría faltar á él.

— ¡Claro!

— ¡Si vieras cuánta gente viene á visitarnos! ¿Os pasa lo mismo á vosotros?

— ¡Qué esperanza! A nosotras nos tratan tan pocas personas, que puede decirse que nadie se acuerda de visitarnos.

— ¡Ah!, se me olvidaba una cosa, y es que, en tal día, mamá recibe una inmensidad de presentes. ¡Todos!; todos la obsequiamos algo.

— Mira, yo, este año, le ofreceré una cruz de oro, preciosísima; pero, ahora pienso que tú deberás sufrir mucho; porque, siendo pobre, nada podrás regalar á tu mamita.

— ¡Oh! ¡No tanto! También yo tendré un obsequio para ella.

— ¿Si? ¡Y qué vas á poder darle tú!...

Pues, algo muy sencillo: unas flores y un beso. ¡Y no puedes figurarte tú, cómo se pondrá de contenta mi dulce mamá!





UNA NIÑA ENFERMA

ELISITA está enferma, ¡muy enferma!

Dicen que su mamá llora siempre, y, nosotras, cuando nos cuentan estas cosas, también lloramos, sin saber por qué.

No quieren que la veamos, porque dicen que podríamos enfermarnos nosotras, pues tiene un mal contagioso.

Cuando vamos á la escuela y cuando regresamos á nuestras casas, pasamos siempre por frente de la suya.

¡Qué aspecto tan triste tiene! Á todas horas las ventanas están cerradas y las cortinas caídas.

Parece una casa sola, deshabitada...

Todos los días preguntamos á la señorita si sabe de su salud, y siempre nos contesta: *Sigue lo mismo*.

Nosotras callamos, nos miramos unas á otras con tristeza, y tomamos asiento, mudas y apenadas.

¡Pero hoy!, — hoy — hemos tenido una grande alegría.

Nilda, — una vecina de Elisita, — que está en cuarto grado, nos dijo:

—¿Saben la novedad?

—¡No!

—Pues, ya está Elisita fuera de peligro.

—¡Qué suerte!

—Así lo ha dicho el médico.

Y todas, locas de alegría, tomándonos de la mano, y, haciendo una gran rueda, hemos empezado á cantar y á bailar.





LA HEMOS VISTO

NILDA, la que nos da diariamente nuevas de la salud de nuestra enfermita, nos dijo hoy, durante el primer recreo:

—Ayer se levantó un poco Elisita.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la vi á través de los cristales de la ventana.

—¡Qué suerte has tenido!

—¿Sabéis lo que estoy pensando?

—¡No! ¿Qué? ¡Di!

—Pues, se me ocurre que hoy, como el día está tan lindo, puede ser que la sienten otra vez cerca la ventana.

Cuando salgamos, pasaremos todas por frente de su casa y quizá la veamos. ¿Estáis conformes?

—Ya lo creo que sí—hemos contestado.

Y, tal como Nilda lo pensó, así lo hicimos.

¡La vimos, por fin!

Estaba muy pálida y delgada; pero su mirada, alegre y serena, demostraba cuánto placer sentía viéndonos.

La saludamos con las manos, y ella, retribuyó nuestros saludos agitando vivamente el pañuelo.

—¡Vámonos!,—ha dicho Nilda;—la emoción la puede empeorar.

Todas comprendimos lo razonable y justo de la observación y hemos ido desfilando, enviándole con la punta de los dedos una lluvia de cariñosos besos.



¡A PUPILO!

CIRILITO es un caballere de cinco años, cariñoso, regordito y muy simpático.

Es muy amigo de los corderos, y todo su afán consiste en conseguir que le com-



pren un petizo, con el cual piensa viajar por todas partes y jugarle carreras á los caballos más famosos de dentro y fuera del país.

Cirilo tiene un defecto que le hace mucha gracia: al hablar desfigura las palabras.

Así, á las cebras del Zoo, las llama petizos *arrayados* (rayados, quiere decir): á la jirafa la denomina *jiralsa*, y así, por el estilo.

Esta monadita, parece un santo, pero no lo es; lejos de esto, es un diablillo de primera, muy bullicioso y agarradito á lo suyo.

Cuando se pone majadero, su papá, haciéndose el enojado, dice muy resuelto:

—Nada, Perfecta (así se llama la mamá), esto se acabó: arréglale la ropita, y mañana lo pongo á pupilo.

¡Claro! Á Cirilito, eso de meterlo á uno á pupilo le parece que equivale á encarcelarlo, y le tiene á la cosa mucho respeto.

Días pasados, indignado por la conducta de un grandulón que se entretenía molestando á los pequeños, le dijo:

—Bueno, bueno, abusa no más, pero ya se lo contaré yo á papá y verás lo que te pasa.

—Y, ¿qué me va á hacer á mí tu tata?

—¿Qué?—replicó Cirilo,—pues le va á decir á tu mamá que te arregle la ropita y que te ponga á pupilo...

Sólo que, siguiendo su costumbre, no dijo á pupilo; sino á *pipilo*.





LA RANA Y LA GALLINA

DESDE su charco, una parlera Rana
Oyó cacarear á una Gallina.
—¡Vaya! (la dijo), no creyera, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina.
Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?
—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.
—¿Un huevo solo? ¡Y alborotas tanto!
—Un huevo solo, sí, señora mía.
¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
De oírte cómo graznas noche y día?
Yo, porque sirvo de algo, lo publico;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.

TOMÁS DE IRIARTE.



ESPERANDO AL DOCTOR

SABE usted, señora, que tengo á mi nena muy enferma?

Así le dice Clorinda á su amiguita Elena, con quien está jugando á las visitas.

—¡Qué me cuenta usted!,—contesta la segunda, haciendo cómicos ademanes de sorpresa.

—¿Y qué tiene?

— Yo creo que ha de ser una indigestión; ¡le gustan tanto los bombones!... ¿Quiere usted verla?

— ¡Cómo no, pobrecita!

Y las dos amiguitas, muy suavemente, se acercan al sofá, donde, envuelta en una pañoleta, está acostada una preciosa muñeca de biscuit.

Elena la mira, la toma de la mano, y dice:

— Pues, parece que tiene fiebre.

— También me lo parece á mí.

En esto se oyen unos golpes muy discretos dados en la puerta de la sala.

— Es el doctor, — dice Clorinda.

Y entra en escena Bernardo, hermano de Clorinda, que, con mucha seriedad, hace el papel de médico.

— Luce un sombrero viejo y un chaquet de su papá; cuyos faldones tocan el suelo, y cabalga sobre su nariz el armazón de unas viejas antiparras, muy grandes y sin vidrios.

Se quita el sombrero, toma el pulso, ausculta, da golpecitos con los dedos sobre el

pecho inmóvil de la muñeca, y dice muy serio:

—No se asuste, señora, no será nada: póngale cataplasmas, sinapismos y ventosas, y dele, cada hora, una cucharada de esta medicina; dos de este jarabe y medio vaso de preparación Wampole.

—¿Medio vaso? ¿Y no le hará daño, doctor?

—¡Ca! No señora.—¿No ha leído que cuando se les da preparación Wampole, los niños piden?

Y, muy grave y estirado, garabatea en un papel, saluda y se va.



COSAS DE LA PEBETA



LERÉ es una interesante personita de cinco años, vivaracha, juguetona, un poco consentida y otro poco caprichosa.

Y lo es, porque en su casa la miman con exceso, y ella, la muy pícara, se apróvecha.

Tiene sus antojitos: á lo mejor se empeña en andar en bicicleta, llevando consigo sombrilla, cartera, abanico, la muñeca y... ¡qué se yo cuántas cosas más!

Y, como no puede maniobrar libremente con tantos estorbos, á lo mejor se enreda... y ¡patatrás!, al suelo.

Entonces hay lloros, gritos y lamentos en grande: parece que se acabara el mundo.

Todos los de la casa, atraídos por el bullicio, acuden presurosos: el papá, la mamá, la abuelita, que es la más asustada, los hermanos y hasta los sirvientes.

—¿Qué tienes, mi vida? ¿Dónde te duele?

Pero nada; la nena no se explica, llora y gimotea á más y mejor.

Por fin, después de un prolijo reconocimiento, se ve que el golpe no ha tenido consecuencias, y entonces á fuerza de cariños se tranquiliza la pebeta, no sin pedir que le den esto y lo otro y que le ofrezcan comprarle juguetes, caramelos y bombones.

Y desgraciado del que le ofrece algo y no se lo da; porque la niña es un acreedor implacable, que está reclamando el pago de la deuda, de día, de noche y aun soñando... ¡Oh, cuando Leré cobra es terrible!





DE VUELTA DEL CINEMATÓGRAFO

MAMÁ! ¡Mamita! Ya estamos de vuelta. Y, tres preciosos niños, seguidos de dos sirvientas, penetran, como un torbellino, en la clara habitación, donde una señora joven borda muy entretenida.

—¿Os habéis divertido mucho, hijos míos? ¿Qué habéis visto en el biógrafo?

—¡Muchas; pero muchas cosas, mamá! Hemos visto á *Sánchez*! ¡Calcula, tú!...

—¡Si!

—Sí. Salió con una cara muy afligida.

y traía puesta una galerita que no le entraba en la cabeza. Toda la gente, así que le vió, se echó á reír.

—Y después, mamita, tomó una tabla de madera, muy grande; cargó con ella, y empezó á caminar.

—¡Y con ella, mamita, pegaba á todos en la cabeza, y ¡paf! les hacía caer y dar vueltas de carnero!

—Y luego, tropezó con los puntales de un andámio, que se vino abajo con todos los albañiles...

—¡Jesús! ¡Cuántas desgracias!

—Y entonces, ¡todos! todos los que él había hecho caer lo corrieron.

—Sí, lo corrieron; pero él corría más que todos.

—Y, mientras escapaba, tropezó con un quiosco, y ¡bumba!, lo volteó. ¡Qué bochinche, ¡mamá! Los diarios y los libros volaban por el aire, y del quiosco salió una señora vieja, y muy fea, que también lo corrió á Sánchez.

—¿Y Sánchez que hacía?

—¡Disparaba!

—Y subió á una azotea.

—Y por una ventana que estaba abierta se tiró de cabeza dentro de una casa.

—Y cayó sobre un señor gordo que dormía... y el señor, también lo corrió.

—¿Y, al fin, que ha sucedido?

—¡Já, já, já! ¡La cosa más graciosa! Al fin lo alcanzaron á Sánchez, y entre todos le dieron una soba, pero ¡qué soba, mamá!

Todos le pegaban, y él tiraba patadas, daba manótones y hacía muecas con la boca y con los ojos...

—¿Y después?

—¿Después? Después se acabó la cinta. ¡Y nada más!

¡Mira, tú, qué lástima!





EL PELOTAZO

A un chiquillo un grandazo,
le pegó tan tremendo pelotazo,
que le hizo un gran chichón en el cogote;
más la pelota, al bote,
volviendo atrás con un ímpetu no flojo,
al autor del chichón le saltó un ojo.

*No haga al prójimo mal quien esto note,
porque el mal es pelota
que vuelve contra el mismo que la bota,
ó miente el pelotazo en el cogote.*



MIGUEL A PRINCIPE.



EN LA FRUTERA

EN una linda frutera están, amigablemente confundidas, varias doradas manzanas y unas tersas y olorosas peras.

Una de estas últimas, mira con insistencia á la manzana, con la cual está en contacto, y le dice con amabilidad:

— ¡Sabe usted, señora Manzana, que si no me equivoco, yo la he visto á usted en otra parte!

— Qué se ha de equivocar usted, mi señora doña Pera: usted nació en un rin-

cón de la huerta de don Saturnino Ventolera, ¿no?

— Es como usted dice.

— Pues yo, nací en la de don Cándido Terrones...

— ¡Ah sí, ya recuerdo! ¡Bien decía yo, esta cara la conozco!

— Y es natural, ¡hemos sido vecinas!

— ¡Y qué bien estábamos en nuestros árboles!...

— ¡Muy cierto! Pero, qué quiere usted, por desgracia, lo bueno dura poco...

— Ya lo creo; porque el estar en esta frutera tan elegante, me da mala espina. Créame, buena amiga; de esta hecha nos comen. Tengo la seguridad de que serviremos de merienda á unas cuantas criaturas.

— Y bien, menos mal. Puesto que todo lo que nace tiene que morir, ¿no debemos estar satisfechas de acabar nuestra vida dando placer á los niños, que son tan buenos, tan lindos y tan amables?...



HORAS TRANQUILAS



Qué tendrán los chicos de la escuela que tan bulliciosos se muestran?

Una cosa muy sencilla: han sido buenos durante toda la semana: buenos y aplicados.

Y el maestro, que les quiere de veras, les lleva de paseo á la quinta de don Manuel, un anciano muy bondadoso y amante de los niños.

Un momento antes de la hora fijada para la partida, dice el maestro: ¿Estamos todos?

— Todos, no, señor, falta Pepote.

— ¡Caramba con el niño! ¡Ni para ir

de paseo se apresura! Bueno; si no está, partiremos sin él.

Y todos emprenden la marcha, alegres y decidores; pero, á los pocos minutos, los niños que marchan los últimos, dicen:

— ¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

— ¿Quién?

— ¡Pepote!

Y efectivamente; corriendo, con el sombrero en una mano para que no se le vuele, un muchachón gordote y pesado se acerca á los expedicionarios.

Llega por fin. ¡Cómo tiene la cara; colorada como un pimiento!

¿Y el resuello?

¡Oh; sopla como un fuelle!

— Pepote, siempre es usted el mismo, un tardón de primera: por poco se queda usted sin paseo.

Y entre carcajadas y burlitas, prosiguen todos la marcha, alegres y felices.

¡Van al campo! Correrán, jugarán y harán de las suyas, ¡serán felices unas horas! ¡Dios quiera que lo sean siempre!





CERA Y MIEL

CUANDO llegaron á la quinta, don Manuel estaba muy entretenido sacando cera y miel de unas colmenas.

Los niños, embabiecados, contemplaban á través de los vidrios el trabajo de las abejas: al principio se contentaron mirando; pero esto duró poco.

Al rato, empezaron las preguntas:

— Diganos, señor, ¿todas las abejas producen miel?

—¿Cómo la hacen?

—¿Producen mucha?

—Don Manuel: ¿quién es esa abeja tan grande que se ve desde aquí?

—Un poco de orden,—dijo, sonriendo, el buen anciano.

Esa abeja grandota que tanto os llama la atención es la madre de todas; la reina de la colmena.

Las otras, llamadas trabajadoras, salen y van á los prados y jardines; se posan sobre las flores; chupan el néctar y se proveen de ese polvillo amarillento que ya sabéis se llama polen, volviendo luego á la colmena á trabajar, á producir con aquellos materiales la cera y la miel.

Con la cera construyen el panal, compuesto de muchas cavidades iguales, que se llaman celdillas y que es donde depositan la miel.

—¿Y de dónde sale la cera?

—La sudan las abejas: así que estos animales tan inteligentes é industriosos,

observan sobre su cuerpo una ligera costrita de cera, la arrancan, la mastican y van formando el panal, que es obra de mucha labor y constancia.





UN SUSTO Y UNAS CARCAJADAS

SATISFECHA su curiosidad y ansiosos de vagar libremente por la quinta, los niños se esparcen en todas direcciones.

Un grupo de ellos, entre los cuales se encuentra Pepote y un tal Casimiro, gran bromista, dispuesto siempre á divertirse á costa ajena, es el que más se aleja.

Después de caminar un rato, se encuentran detenidos por un arroyuelo, muy aumentado por las últimas lluvias.

Los peones de la quinta han colocado, sobre el lecho del arroyo, varias piedras á manera de paso ó puente.

Casimiro y sus compañeros de grupo, que ya han pasado, animan á Pepote, que es un gran miedoso, y que no se atreve á pisar las piedras.

-- ¡No tengas miedo! ¿Viste como hemos pasado nosotros?

— Vosotros, sí, habéis pasado; pero yo...

— Pero tú, pasarás como nosotros... ¡Vamos, hombre!

— ¡No me atrevo!

— ¡Si será zonzo! Vamos, de una vez; decidete ó no.

— ¡Si no pasas nos vamos!

El temor de quedarse solo decide á Pepote: pisa la primera piedra; luego dos más, pero, al poner el pie en la cuarta, observa que oscila, pierde la cabeza y se pone á gritar y á gemir.

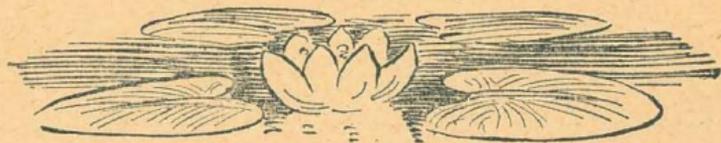
— No te asustes, muchacho; si te acordas será peor.

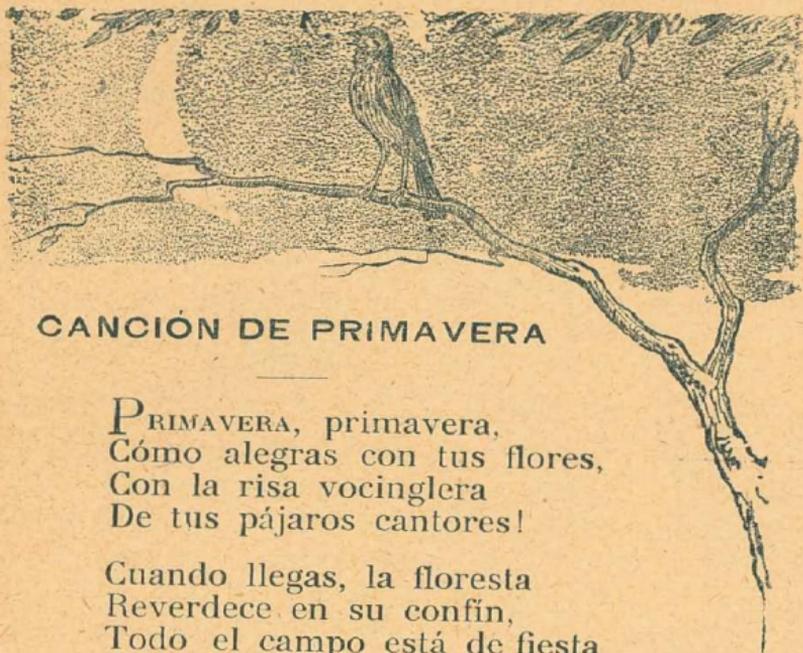
— ¡No grites; parece que te mataran! ¡Extiende los brazos para guardar el equilibrio! ¡No mires al agua!

Tantas voces y consejos aturden al buen Pepote, que acaba por meter un pie en el agua, completamente asustado.

Casimiro, que es tan animoso como bur-lón, le ayuda á salir del mal paso; deshace el camino con mucho aplomo, y, dándole la mano, sostiene al medroso hasta llegar á la orilla.

Por suerte, el lance no tuvo consecuencias, reduciéndose todo á un susto, un baño y unas cuantas carcajadas.





CANCIÓN DE PRIMAVERA

PRIMAVERA, primavera,
Cómo alegras con tus flores,
Con la risa vocinglera
De tus pájaros cantores!

Cuando llegas, la floresta
Reverdece en su confín,
Todo el campo está de fiesta
Transformado en un jardín.

Toda sangre late viva,
Todo es canto y es amor,
Y parece que allá arriba
Rió y canta el Hacedor.

Primavera, primavera,
Cómo alegras con tus flores,
Con la risa vocinglera
De tus pájaros cantores!

A. BORQUEZ SOLAR.



LA LLAVE DE LA FELICIDAD

A mí me gusta mucho trabajar en el escritorio de papá: es chiquito, pero muy claro y alegre.

Además, está lleno de recuerdos y cosas que lo hacen simpático.

En un pequeño lienzo de pared hay un cuadro muy lindo: lo pintó un gran artista, ya muerto, y encuadra un soneto que un poeta ilustre regaló á mi padre.

Sobre una puerta, muy bien colocada y muy á la vista, hay una banda de tapicería.

A primera vista, el dibujo del bordado,

parece ser una caprichosa combinación de troncos y hojas: pero, si se la mira con atención, se observa que las hojas y los troncos forman letras.

Hecha esta observación, no cuesta mucho leer lo que las letras dicen.

Es una salutación.

¡Sea usted bienvenido!

Y estas palabras cordiales dicen á todos los que visitan á mi padre, que están en la casa de un hombre amable y cortés.

Y en lugar preferente, se nota una cosa extraña: una gruesa llave cuidadosamente dorada.

Cuando yo nací, papá era muy pobre; tan pobre como trabajador.

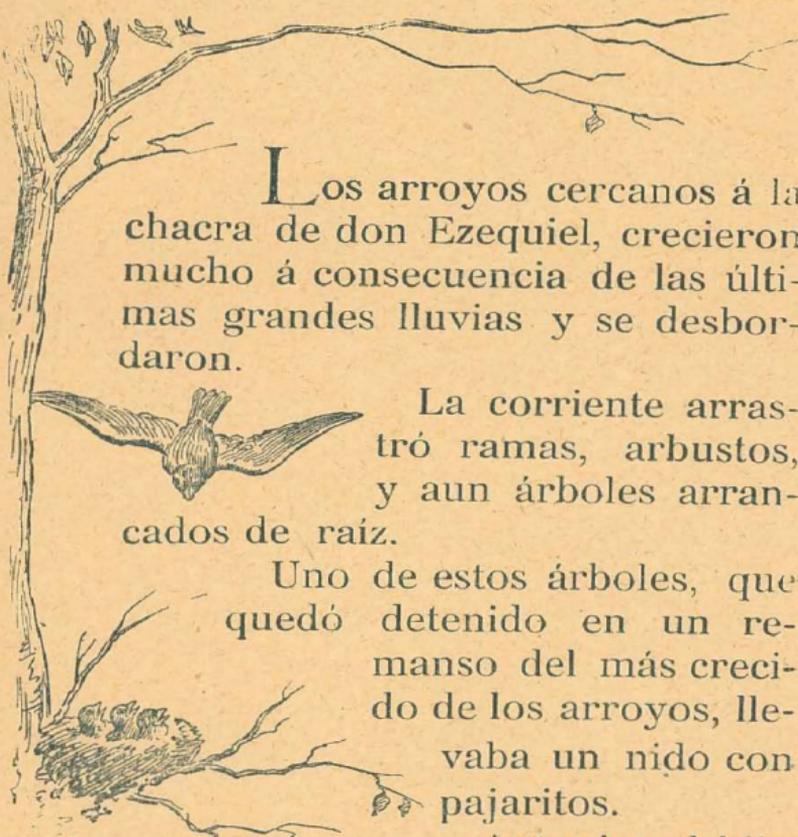
A fuerza de constancia, de laboriosidad y de economías, compró una casita, chica y vieja, pero, que fué el origen del bienestar de que gozamos.

Papá ha conservado la llave de aquella pequeña propiedad y la tiene siempre á su vista; y cuando me la muestra repitiendo su historia, me dice:

Haydée, hija mía; no olvides nunca que la honradez y el trabajo constituyen *la llave de la felicidad*.



EL NIDO



Los arroyos cercanos á la chacra de don Ezequiel, crecieron mucho á consecuencia de las últimas grandes lluvias y se desbordaron.

La corriente arrastró ramas, arbustos, y aun árboles arrancados de raíz.

Uno de estos árboles, que quedó detenido en un remanso del más crecido de los arroyos, llevaba un nido con pajaritos.

Antonio, el hijo del chacarero, cuando cesó de llover,

pasó cerca del árbol, ya en seco, vió el nido y lo sacó, trayéndolo á su casa.

—Mira, mamá, que lindos pajarillos.

—Lindos son, pero no lo es menos el que los viene acompañando.

—Si no los acompaña nadie, mamá. Vengo solo, y nadie vino conmigo.

—¡Mira!—contestó la buena señora,— señalando un pájaro que revoloteaba sobre la cabeza de Antonio, lanzando débiles grititos.

—¡Ah!—murmuró el niño, sorprendido.—No lo había visto. ¿Por qué vendrá?

—Porque es la madre de los pajarillos que están en el nido, y clama pidiendo le devuelvan sus hijos.—Sé bueno y haz lo que tan tristemente solicita.

Antonio se dirigió á un arbusto cercano y depositó en él el nidito, sobre el cual se abatió gozosa la madre.

El niño, al verlo, sonrió satisfecho; sintiendo en su alma el gozo que experimentamos al hacer una buena acción.



LOS RUIDOS DE LA NOCHE

CUANDO estoy acostadito en la cama, á veces tardo en dormirme, y entonces, me entretengo escuchando los ruidos que, desde la calle, llegan á mi.

¡*Trup, trup, catatrup...*! Es un carro de verdulero que va camino del mercado.

Zum...! zum...! zum...! es el ruido que hace el trole del tranvía.

Es particular, de día no se nota y á estas horas, tan claro como se percibe.

Taff! taff...! taff...! Tré! tretré!

Este es el automóvil de don Salustiano, el

ricachón de enfrente, que viene del teatro.

¡Huuú! — Vamos, ya llega el tren.

Cómo estarán de contentos los pasajeros.

¡Buff! *Miau! miau!*

Los eternos gatos: de día se lo pasan tendidos al sol, como si fueran rentistas, y de noche arman una sinfonía, que ¡ya! ¡ya!

Tic! tic! lictic!

¡Hola! Esto es ya otra cosa. Tenemos agua segura.

Oír llover, cuando uno está en su cama, muy arropadito y acariciado por ese calor tan dulce y suave, es una delicia.

Pero, para los pobres vigilantes, para los infelices que no tienen hogar, ha de ser una pena, una hora triste... melancólica... llena de brumas...



EL SOMBRERO DE ODILA

No quiero que salgas al jardín sin sombrero,—le dice su mamá á Odila;—te puede hacer daño el sol.

—¡Es que no sé dónde está!

—Milagro había de ser que tú supieras dónde dejás las cosas.

Cándida —dice la señora á la sirvienta:—¿ha visto usted, por casualidad, el sombrero de Odilita?



—No, no señora,—contesta la interrogada.

—Pues, si no aparece el sombrero, no sales al sol.

Y todos se echan á buscar el dichoso sombrero sin dar con él. Odila llora; porque se ha encaprichado y quiere salir al jardín, y la mamá, le regaña por el poco cuidado de la niña.

Ya todos se cansaban de buscar, cuando suenan en el patio risas alegres, y se oye la voz de Victorino, hermano de Odila, que dice:

—¡Mamá, mamá!—Ya lo encontré, estaba entre las plantas. Vengan á ver lo que tiene dentro.

Todos salen apresurados, y sueltan una estrepitosa carcajada.

Victorino, muerto de risa, sostiene el sombrero por las anchas alas, dentro de cuya copa, muy arrollado y hecho un ovillo, está *Monín*, un gatito muy chiquito y hermoso, monada de la casa y amigo predilecto de Odila.



UN CHICO DE BUEN HUMOR

DONDE está Arturo, está la alegría.

En el colegio, durante los descansos, y en su casa durante las horas de juego, divierte á todo el mundo.

Á lo mejor, con la cáscara de dos medias naranjas se fabrica unos anteojos; con un diario arrollado se prepara un gorro de astrólogo, y les dice á todos la buena-ventura.

Usted — dice á uno, — será general; usted — exclama, dirigiéndose á otro, — será millonario.

Usted — le dice á un goloso, — será dueño de la Confitería del Gas, y sigue así, por este estilo, haciendo pronósticos á gusto de todo el mundo.

Otro día hace de rematador.

— Aquí — dice, — tengo un lote de ganas de estudiar.

Vamos, don Eduardo, ¿no se anima á comprarlo? mire que puede hacerle falta esa mercancía.

Ahora viene lo bueno: ¿ven ustedes estas tijeras? Pues le convienen á todo niño que tenga la mala costumbre de hablar en clase; de mentir ó de contar lo que no importa á nadie.

Sirviéndose de ellas podrá recortarse la lengua cuanto sea necesario y ser cauto y discreto.

Tiene una gran facilidad para imitar á todo el mundo; al doctor, al comerciante, al abogado, al panadero, al sirviente, á sus compañeros y á cuantos transitan por la calle.

Y gracias á esta cualidad y á su buen humor ha conseguido que se diga de él:

¿Arturo? ¡Es el chico más divertido del mundo!

Donde él está, allí se encuentra la alegría.





UNA RESPUESTA INGENIOSA

Su tía Virginia le ha dicho á Elina: toma este paquete de bombones; son para tí y para tus hermanas.

Pero la niña, que es una golosa insigne, ha estado toda la tarde come que te come, á tal extremo, que, cuando sus hermanas han regresado de la escuela, casi no quedaban dulces.

Elina respetó, únicamente seis, es decir, dos para cada uno de los ausentes.

Éstos, han puesto el grito en el cielo. v

la mamá, enterada de la avidez de la menor de sus hijas, le ha dicho:

—Tu acción es muy fea; te has portado como una egoísta.

—Dime: si tus hermanas hubieran hecho lo que tú, si te lo reprocharan como yo te lo echo en cara, ¿qué dirías?

Y las hermanas perjudicadas, que creen á la golosona metida en un callejón sin salida, exclaman á la vez:

—¡Eso, eso! á ver, ¿qué dirías?

Pero Elina no se aturrulla; al contrario: mira á todos muy seria, y contesta:

—Pues yo, les devolvería la bolsita y les diría:

¡Ah! ¿Sólo esos pocos bombones habéis dejado para mi? Pues comedlos todos, tomad, ¡yo, no admito sobras de nadie!

Y se dió vuelta muy fresca, dejando á todos con un palmo de narices.





¡ARRORRO!

DUÉRMETE pronto, mi gloria y mi vida;
Duérmete pronto, capullito en flor,
Cierra, mi encanto, tus ojos de cielo;
Duérmete pronto; duérmete mi amor.

Arrorró mi nene

Arrorró mi sol.



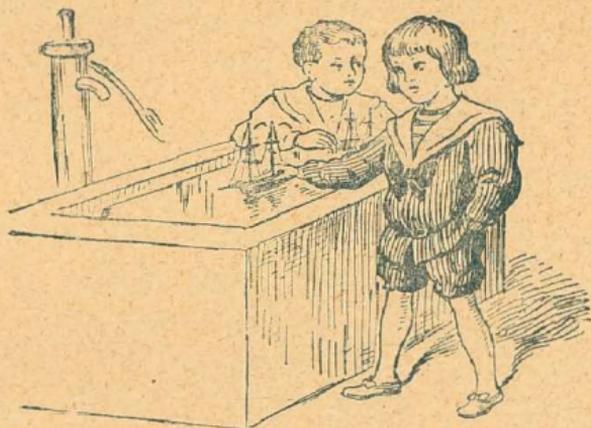
Ángeles puros: proteged el sueño
Del hijo adorado que el Señor me dió,
Cubridle amorosos con las blancas alas,
Miradle con ojos de paz y de amor.

Arrorró mi nene

Arrorró mi sol.



J. M. A.



ENTRE GEÓGRAFOS — UN NAUFRAGIO

EN la pileta de lavar, Leopoldito y Abelardo hacen flotar dos barquitos muy cucos; muy bien pintados, con su timón y su vela correspondientes.

—¿Dónde vas á mandar tu buque?— pregunta Abelardo.

—¿Yo? á Chivilcoy.

—¡Qué risa! ¿A Chivilcoy?

—Si, á Chivilcoy. ¿Y qué hay con ello?

— ¡Pero, hombre! Si á Chivilcoy no se puede ir por el río.

— Es que yo no lo mandaré por el río, — dice Leopoldo un poco sulfurado, — sino por mar...

— Es que tampoco se va por mar. ¿No sabes que Chivilcoy está tierra adentro?

— Estará, pero mi señorita me dijo...

— No hombre, no, oirías mal...

— También me lo dijo Luis.

— ¿Luis? ¡Y qué sabe él!

— Cómo no va á saber, si está empleado en Correos.

Bueno, bueno, dejemos eso; puede que yo esté equivocado...

— ¿Y tú qué vas á cargar en tu barco?

— Oh, muchas cosas: un pedazo de plomo, cuatro bolitas, un trompo...

— ¿Y va á poder con todo?

— ¿Qué te has figurado tú? Mi nave es muy resistente y segura.

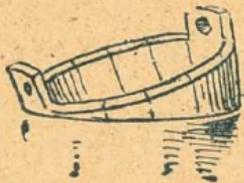
¡Vas á ver!

Y Abelardo, deseoso de hacer buenas sus palabras, coloca las bolitas y el pedacito de plomo; pero, al tratar de colocar

el trompo, que es muy pesado, el barquichuelo se inclina y vuelca, quedando con la quilla arriba y el velamen abajo.

— ¡Adiós! — exclama Leopoldito; — ¡suerte que sólo se ha perdido la carga!

¡Si llegas á tomar pasajeros! — añadió, con un tonillo zumbón, ¡qué catástrofe, chico, que catástrofe!





EQUIPANDO LA MUÑECA

(UN MODELO DE PARÍS)

ADELINA y Carola juegan á las visitas; muy sentadas en dos sillitas bajas, están conversando animadamente.

—Yo ya decía— exclama Adelina ahuecando la voz y hablando muy afectada:— ¡qué será de misia Carola, tanto tiempo sin verla!

—Lo mismo pensaba yo; tanto, que ayer le dije á mi esposo: por fuerza misia Adelina ha de estar enferma.

—No, gracias á Dios. Es que esta pícara hija mía (y al decir esto la señala á una muñeca muy vistosa), no acaba de ponerse bien, y como misia Bibiana me la lleva á Mar del Plata, estuve preparando su equipo.

—¡Ya habrá usted tenido buen trabajo!

—¡Y tanto! ¡Mire! Un momento antes de llegar usted, concluí de arreglarle aquel sombrero.

—¡A ver! ¡Qué preciosura! ¡Qué chic! Vamos, que tiene usted unas manos de oro...

—No, eso, no.

—Lo dije y lo repito: ¡Precioso! ¡Precioso está!

—¡Regularcito! ¡Nada más!

—No sea usted modesta. ¡Si parece un modelo de París!

¡Pero, cómo se pasa el tiempo! Vamos, que esto no ha sido visita, sino un visitón...

—No permito que diga semejante cosa. Para mí ha sido una satisfacción muy grande verla á usted en esta casa.

—Ahora, espero que no se venderá usted tan cara.

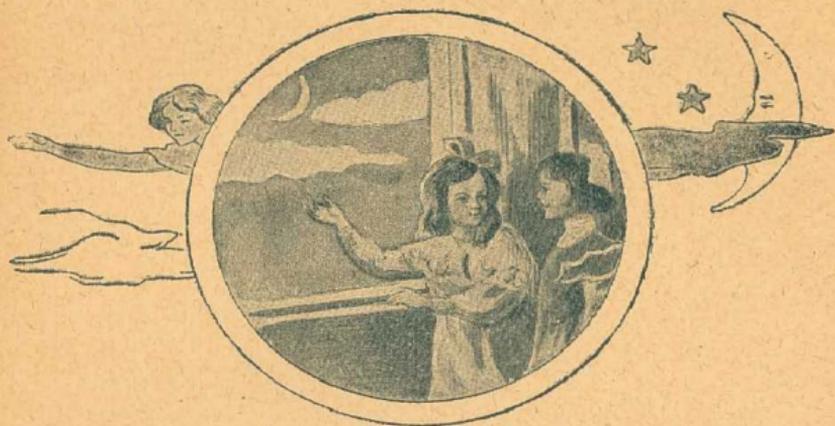
¡Adiós, hermosa! Que vengas buena de Mar del Plata.

Y Adelina, tras de estas palabras, da un sonoro beso á la muñeca, y otro, no menos ruidoso á Carola, que se lo devuelve cumplidamente.

—¡Adiós! Recuerdos á su esposo y á las muchachas.

—Adiós, cariños á los nenes, y hasta pronto.





JUGANDO A LA MANCHA

QUÉ estás mirando!

—La luna y las nubes. ¡Cómo corren!
¿no?

—Ya lo creo. Mira, ahora es la luna la
que va delante y las nubes las que quedan
atrás.

—¡Ay! ¡ay! Toma, ya la alcanzan; ya
la ocultan. Ya no se vé.

— ¡Caramba, como se ha puesto todo de obscuro!...

— No, ya vuelve la claridad; ya se vé otra vez la luna. Mira, mira como corre.

— Y las nubes ¡qué zonzas! qué manera de quedarse atrás.

— Y la luna, ¡mira que anda ligero!

— Sí, pero las nubes no se dan por vencidas. ¿Ves cómo adelantan? la alcanzarán de nuevo, tú verás.

— ¡Qué van á alcanzar! ¿No ves? Ya no corren. No se mueven.

— Y la luna parece también estar inmóvil.

— Es verdad.

— Pero se me ocurre una cosa. ¿Por qué la luna y las nubes, que hace un rato corrían alocadas, se han quedado tan quietas?...

— Y tú, ¿no atinas el porqué?

— ¡Yo, no!

— Pues es bien claro. Cuando corrían era que jugaban á la mancha.

Ahora se están quietas porque se cansaron y han dejado de jugar.

¡Es cierto! ¡Cómo lo has adivinado!
Bien dice la maestra que á observadora
ninguna de nosotras te puede ganar.





EL PERRITO CIEGO

HAY niños de crueles instintos, de mal corazón, que gozan haciendo daño.

Son los que destruyen los árboles y las plantas; los que maltratan y martirizan á los animales.

»En manos de alguno de estos perversos

debió caer un pobre perrito, que, acurrucado en un rincón del zaguán de su casa, encontró cierta tarde, Martita, niña buena y amable, incapaz de hacer mal á nadie.

¡Cómo se quejaba el pobrecillo!

Martita lo levantó compasiva, exclamando indignada:

— ¡Malos!, ¡Cruelles!, ¡Desalmados!

Y tenía razón la misericordiosa niña.

¡El pobre animalillo estaba ciego! Alguien, sin corazón, había herido sus ojos.

Martita se hizo cargo del pobre perro, del que cuida con bondad y cariño.

Y el pobre animal, paga, agradecido, las bondades de su ama.

Cuando la niña sale, la acompaña hasta la puerta.

Al regresar de la escuela la recibe saltando y con ladridos de alegría.

Y cuando la nena estudia, se echa á sus pies, permaneciendo quieto y callado.

A veces, el animalillo levanta los ojos,

que no pueden ver, y que, en aquel instante parecen decir:

—¿Sabes, mi buena amita, porque echo de menos la luz de mis ojos? ¡Pues, solamente porque no puedo mirarte á ti!



LAS DOS CAPUCHINAS



ENRIQUE guardó, durante mucho tiempo, dos semillas de capuchina.

Cuando llegó la época propia para sembrarlas regaló una á su vecina Marta.

Los dos, él y ella, las sembraron el mismo día, arrimadas á la pared divisoria de las casas por ambos habitadas.

Germinaron las semillitas; nacieron las plantas y dió, cada una de ellas, una flor.

—¿Dónde estará mi hermana?— dijo un día, la planta que naciera de la semilla sembrada por Marta.

—Aquí, muy cerca de ti,— le respondió una voz.

—¿Tan cerca? ¡Que alegría! Y dime: ¿estás buena? ¿has florecido?

—Ya lo creo: ostento una hermosa flor de pétalos rojizos con estrías de amarillo claro.

—¡Que casualidad! Yo tengo una flor igual. ¡Cuánto me gustaría verte!

—¡Y yo, con qué placer te abrazaría!

—¡Si pudiéramos trepar arriba de la pared!...

—Probemos: ¿quieres?

—¡Pues no he de querer!

Y desde aquel día, las dos plantas, aguijoneadas por el deseo de verse, arras-trándose primero, enroscándose después, fueron subiendo, lentamente, sí, pero sin tener que dar nunca un paso atrás.

Por fin, una mañana, cuando palidecían las estrellas y asomaba el sol, las dos flores se contemplaron por encima de la tapia.

Saludáronse con amor, se enlazaron, y desde aquel momento, hasta morir, vivieron confundidas en un estrecho y cariñoso abrazo.





¡CUZ, DIABO!

EN que estará pensando Celia? ¿Por qué ella, siempre tan bulliciosa, está ahora tan calladita?

Pues, sencillamente: está combinando la manera de dar una broma á sus tres hermanos, Julia, María y Ricardín, que, sentados alrededor de una mesita están muy entretenidos, viendo las figuras de unas revistas ilustradas.

De pronto, Celia desaparece sonriendo.

Se encierra en su cuarto y se tizna la cara con un corcho quemado.

Luego, se coloca una peluca vieja, recuerdo de algún Carnaval pasado; se envuelve en una sábana, y, paso á paso, y muy quedito, se acerca á sus descuidados hermanos.

Cuando está tan cerca de ellos, que casi los toca, da una gran voz y salta y brinca haciendo grandes visajes.

Julia, que es muy impresionable, escapa chillando; Maria se queda hecha una estatua, y Ricardín, linda monadita de tres años, da prueba de ser el más valiente.

Cree hallarse en presencia del mismísimo Mandinga, y sin asustarse, hace la cruz con los deditos índice y pulgar de la mano derecha, y presentándosele á Celia, dice:

— ¡Cuz, Diabo!

Atraída por los gritos, acude la mamá, que se apodera del fantasma, diciendo, al reconocer en ella á Celia:

— ¡Quien más que tú había de ser! ¿Te

parece lindo divertirse asustando á la gente?

En penitencia, el domingo se quedará usted en casa y sin salir.

Y ahora se truecan los papeles: María, Julia y Ricardín son los que se divierten, y Celia la que está cabizbaja.





LAS FLORES

¡Ah! ¡Si vieras mamita,
Qué lindas flores!
Amarillas, azules,
De mil colores;
Aquí las miro abiertas,
Allí en botón;
Pero todas me alegran
El corazón.

¡Ah! ¡Qué suave perfume
Dan los claveles,
Los nardos y azucenas
De los vergeles!
Las damas forman ramos
Con las mejores:
Más las niñas amamos
Todas las flores.

X.



¡SERÁ UN DESGRACIADO!

FELIPITO es un niño bien parecido y muy despejado.

Tiene una gran facilidad para aprender

las cosas; pero, como es un grandísimo haragán, ni estudia ni hace nada de provecho.

No tiene en el mundo otro amparo que su abuelita, que le quiere con locura.

¡Pero, Felipe, no sabe corresponderle!

Deja que la pobre viejecita trabaje más de lo que puede, y él, el muy ingrato, se pasa todo el día en la calle.

Juega á los cobres, se pelea con los pilluelos, aprende palabras malsonantes y se pone la ropa hecha una miseria.

— Felipito, hijo mío, — le dice todas las noches la abuelita; — mira como tienes el pantalón, hecho un asco.

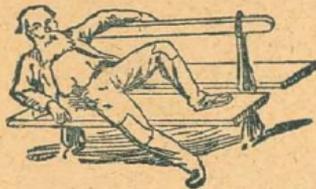
— ¿Y el saco? ¿Cómo lo rompiste? No ves que soy pobre, que apenas gano para comer?

— ¿Dime, con qué plata te compraré otro trajecito, si no cuidas éste?

Pero, Felipe, no se duele de la pena que causa: cansado de corretear por la calle se duerme, mientras la pobre abuela, muy cerca de la luz, se pasa un tiempo que

roba al descanso, cosiendo desgarrones y limpiando manchas.

Felipe es un niño malo: será un desgraciado.



MIENTRAS DURA EL RECREO

SUENA la campana; se suspenden las tareas, y los niños salen al patio, donde quedan formados y en silencio.

Otra campanada y todo cambia.

Las filas se rompen, y cada cual se entrega á su juego ó diversión favorita.

En un rincón del gran patio, una rueda de niñas canta en coro:



Arroz con leche,
Me quiero casar
Con una señorita
De este lugar.

En el lado opuesto, otras de genio no menos apacible, cantan, mientras hacen las requeridas figuras:



De Francia vino señora,
Un pulido portugués
Por el camino me ha dicho
Que lindas hijas *tenés*.

Y los varones, ¿dónde están?

¡Toma! En el otro patio,
de donde, á empujones y
á pellizcos han desalojado
á las pobrecitas niñas.

Están jugando al rescate y contendiendo á propósito de un prisionero.

—Yô rescaté á Juan,—dice uno, muy acalorado.

—Si no lo has tocado. ¿Cómo lo vas á rescatar?

—¡Pues lo toqué! ¡No es verdad! ¡Que sí! ¡Que no!

Y la cosa quizá terminara en algún cachete, de no sonar en aquel momento el campanazo de atención que obliga á todos á quedarse firmes y tiosos como estacas.

Luego, dos toques más, y cada uno busca, volando, su puesto.

Forman los grados en silencio; suenan pasos rítmicos y acompasados, y vuelta al trabajo. ¡Adiós, patio! ¡Hasta luego!



SERMONEANDO

MIRE, señorita, —le dice Carmencita á su muñeca: —estoy muy disgustada con usted.

¿Quién le ha enseñado á usted á decir, ¡no quiero! y á gritar y á insultar á los sirvientes?

¿Por qué le ha dicho usted á Manuelâ *negra getona*?

Está bien: para que usted aprenda á conducirse como una niña bien educada, hoy, que es jueves, no irá usted de paseo al Zoo; no comerá postre, ni voy á dejar que me dé usted un beso en todo el día.



¡Señor! ¡Señor! ¿De dónde aprenderán estas criaturas semejantes modales?

¿Qué dirán las relaciones cuando se enteren de estas enormidades?

¿Está usted llorando, ahora? Á buen tiempo. Antes de hacer las inconveniencias que ha hecho, debió usted llorar.

No, no; no me desenojo con lagrimitas; ¡no faltaba más!

— ¡Muy bien! ¡Muy bien, Carmencita! — dijo una amable voz á espaldas de la sermoneadora, — veo que estás hecha una mamita de veras: pero, mira; esto que estás tú diciendo á la muñeca, procura que no tenga yo que decirtelo á ti alguna vez.

¿Te acordarás mi hijita?



EL NIÑO Y LA LUNA



¡Oh, niño! Mira la luna
Como todo lo ilumina,
Brillando en el alto cielo
Como lámpara divina.

Baja, luna encantadora,
Ven con mi niño á jugar.
—Yo complacerte quisiera,
Pero no puedo bajar:

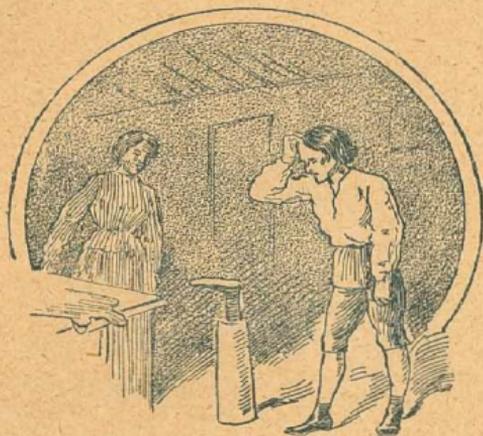
Porque fui puesta en el cielo
Para iluminar el mundo
Con el destello apacible
De la luz que yo difundo.

Mas dile al niño precioso
Entre caricia y caricia,
Que al posar en él mis rayos
Lo hago con suma delicia.

— Adiós, ¡oh querida luna!
De mi niño el embeleso,
Recibe por despedida
Este puro y tierno beso.

F. FRÖEBEL.





UN LINDO CUENTO, PARA TERMINAR

(REDUCCIÓN Y ADAPTACIÓN DE UNO DE GRIMM)

I

EL ZAPATERO POBRE

EN tiempos pasados, cuando los duendes iban sueltos por el mundo y las buenas hadas bailaban y cantaban en el bosque, á los claros rayos de la luna, hubo en cierta población un zapatero muy pobre.

Tanto, que llegó á no tener más dinero

que el preciso para adquirir el cuero y la suela necesarios para poder hacer un par de zapatos.

—Si esto sigue así,—decía á su mujer,—tendremos que pedir limosna.

—No te desalientes, hombre;—contaba la esposa:—siempre hemos sido buenos y Dios no nos dejará.

El zapatero cortó y preparó los materiales; y como no podía trabajar de noche para no gastar en luz, se acostó, resuelto á empezar la obra al amanecer del siguiente día.





II

UN SUCESO MILAGROSO

Al otro día, muy de madrugada, el zapatero dejó la cama; se vistió de prisa y bajó al taller, deseoso de poner manos á la obra.

Pero, al buscar el corte que dejó preparado la noche anterior, exhaló un grito de sorpresa!

Sobre el mostrador había un par de zapatos trabajados con tanta perfección,

que el zapatero cobró por ellos el doble del precio ordinario.

—¡Esto es la fortuna que viene á verme! — dijo, lleno de alegría, — y salió á escape á comprar cuero y suela suficientes para dos pares de zapatos.

Al anochecer preparó los materiales, y como lo hizo la noche antes, los dejó dispuestos y se fué á dormir.

Alboreaba el siguiente día cuando bajó al taller, y, como había presumido, encontró hechos los dos pares de zapatos que no tardó en vender á muy buen precio.

Como sucede siempre, cuando una suerte ó una desgracia cae sobre nosotros, no viene nunca sola.

Así sucedió á nuestro zapatero.

Como ganaba mucho dinero, compró mucho material y se pasó los días enteros, acompañado de varios cortadores, preparando zapatos y botines en gran cantidad.

Pero, por mucha obra que dejase preparada, nunca consiguió cansar á sus misteriosos auxiliares; pues, todos los días, al

clarear, encontraba concluído el trabajo preparado la vispera.

— ¡ Demos gracias á Dios que se apiadó de nosotros! — decíale su mujer.

Y el zapatero contestaba:— Tienes razón; agradezcamos la bondad del Señor que nos ha hecho ricos.





III

LOS BUENOS DUENDES DE LA NOCHE

Pero, el zapatero y su esposa, quisieron saber quiénes eran sus desconocidos protectores, y un día, próxima ya la fiesta de los Reyes, trataron de conocer el secreto.

Dejaron, como de costumbre, la tarea preparada, y encendieron una bujía, que quedó prendida sobre el mostrador.

Luego, escondiéronse detrás de un arcón muy grande que estaba en un rincón del taller.

Al sonar las doce de la noche, la puerta de la calle se abrió, y entraron siete enanitos, completamente desnudos y dando señales de tener mucho frío.

Sentáronse sobre el mostrador, cruzaron las piernas, y antes de amanecer dejaron primorosamente cosidos todos los

zapatos, botas y botines que el zapatero dejó preparados.

— Jamás pensé — dijo el maestro de obra prima á su mujer, cuando los enanos se hubieron ido, — que tales personillas prestaran semejante servicio á un hombre de bien. ¡Cuánto me gustaría poderles probar mi agradecimiento!

— ¡Y claro que puedes demostrárselo!

— ¿Y, cómo?

— Muy sencillo: ¿no has observado como temblaban de frío los buenos duendes?

— ¡Sí!

— Pues, mira: tu harás para cada uno de ellos un hermoso par de zapatos de abrigo; yo les haré un traje bien arropado y elegante, les tejeré un par de medias y un lindo bonete encarnado...

— ¿Y...?

— Pues en la noche de Reyes, se los dejamos en prueba de agradecimiento. ¿Estás conforme?

— ¡Y mucho que lo estoy!





IV

EL AGRADECIMIENTO DEL ZAPATERO.—LA NOCHE DE REYES

Desde el siguiente día, trabajaron ambos esposos mucho y de buena gana; de tal manera que, al llegar la víspera de Reyes, la fecha amada de los niños, la obra estaba concluída.

El agradecido matrimonio bajó al taller, y, llenos de complacencia, marido y mujer depositaron sobre el mostrador, en vez de la acostumbrada tarea, los siete trajes y las siete gorras con los correspondientes pares de medias y zapatos.

Al sonar la media noche, como de costumbre, entraron los minúsculos obreros, y su alegría no tuvo límites al contemplar los obsequios que les estaban destinados.

Vistiéronse en un santiamén, y cuando se vieron tan guapos y elegantes, pusieronse á bailar sobre el mostrador, haciendo rueda, mientras cantaban todos en coro:

Pues ya vestimos cual los caballeros,
Nunca, jamás, seremos zapateros.

Y saltando gozosos y lanzando sus gorras al aire, abandonaron el taller, continuando sus danzas y jugueteos á la luz de la luna.

No volvieron; porque el zapatero, que se había hecho rico, ya no necesitaba de su ayuda.

Pero, este buen hombre, que jamás fué ingrato, no olvidaba á sus bienhechores; y cada año, en la víspera de Reyes, les dejaba, sobre el mostrador, siete trajes, siete gorras y siete pares de medias y de zapatos.

¡Y como todo era hecho con gratitud y amor, los obsequios resultaban verdaderas preciosidades!

